

Penser la guerre, Clausewitz

RAYMOND ARON

(Ed. Gallimard, 2 tomos, 457 y 338 págs. París, 1976)

El general Carl von Clausewitz fue, al igual que Maquiavelo y otros grandes pensadores, una de las escasas personalidades que perteneció a esa especial categoría de hombres públicos formada por aquellos que, habiendo tenido una limitada experiencia de mando activo y cualificado en el terreno de las relaciones de poder social en las áreas donde éstas se hallan en mayor medida concentradas, y por la imposibilidad de proseguir su obra de hombres de acción, pretenden con su esfuerzo de reflexión continuar ejerciendo una influencia sobre los acontecimientos por caminos indirectos. Creando al mismo tiempo, y por medio de la conceptualización de un gran número de observaciones, un trabajo teórico de altura tanto por su valor intrínseco como por su estructuración interna, que, en consecuencias, trasciende los lugares y las épocas en los que fueron escritos, alcanzando así alguna suerte de inmortalidad.

En el caso del pensamiento clausewitziano, la modernidad reside en que su análisis de los fenómenos militares, al centrarse en período de principios del XIX, contempla el enorme

cambio que supone el despertar de la conciencia nacional de algunos pueblos europeos y, relacionada con ello, la paralela puesta en cuestión del orden tradicional que los ejércitos napoleónicos van a expandir por toda Europa. Con lo que se reúnen dos de los caracteres mayores de aquélla: el cuadro del Estado-Nación como marco privilegiado de la afirmación política de los pueblos y la irrupción en el plano operativo desde presupuestos ideológicos de la crisis de legitimidad respecto a determinados actos del Poder, si no del Poder mismo.

Curiosamente, al decir de Aron, Clausewitz participa de manera desigual en ambos momentos históricos, pues si, por una parte, pasa a combatir junto a las tropas zaristas y en contra de la momentánea alianza prusiana con Napoleón (tal como hicieron muchos nobles franceses en relación a Francia), pues pensaba que esta última era una traición a su patria, por otra dudaba de que fuera posible la realización de la unidad alemana por la diversidad de sus gentes y sus costumbres. Modo, pues, ambivalente y complejo de relaciones en-

tre su vida y la teoría que a los finales de ésta construyó, pero que, a lo que nos pueda importar (en cuanto pérdida), no tiene mayor relevancia que la de recordarnos lo paradójicos y distanciados que pueden ser los caminos de una y de otra.

Partiendo de que existen multitud de intenciones (descriptiva, crítica, polémica, comparativo-histórica, etc.) en el discurso de Aron sobre Clausewitz, es de resaltar, sin embargo, el carácter unitario que logra darle; unidad que gira en torno a las profundas imbricaciones de la guerra con la política. En realidad, Clausewitz no se viene a plantear nunca consideraciones morales o las fundamentaciones legimitadoras que se dan a la guerra: éste es un fenómeno natural, inscrito, por así decir, en el curso de la evolución humana, lo cual no quiere significar el que le conceda el calificativo de ordinario (determinado fatalmente por la dinámica de la convivencia social), sino que, genéticamente, responde o se halla enraizada en una pulsión que se proyecta en violencia ante determinados estímulos. La violencia es, pues, el primero de los componentes, y el sustrato, de su definición trinitaria de la guerra; violencia en cualquier caso física y, en consecuencia, cualitativamente diferente a todas las violencias simbólicas y morales (la mayoría de las veces más míticas que reales); componente que llena su primigenia definición: «un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario»¹; violencia que impulsa, dada la polaridad de la acción recíproca que supone el enfrentamiento, a utilizar simultáneamente todas las fuerzas disponibles para abatir al oponente; violencia que, en razón a ello,

es lo que informa la dialéctica absoluta de la ascensión a los extremos.

Vemos ya, así, cómo es utilizada la figura del duelo para ejemplificar lo que constituye el acto irreductible de la guerra: la confrontación de dos voluntades que buscan someterse una a la otra. Pues bien, para vencer es necesario adecuar nuestro esfuerzo a la capacidad de resistencia del adversario (independientemente de quién sea el atacante o el defensor), capacidad que siempre será el resultado de la suma de dos elementos (y en el sentido de la adecuada articulación concreta que se haga de ellos): la magnitud de los medios que se encuentren a su disposición y la fuerza de su voluntad. La dificultad de conocer los primeros y de apreciar la segunda (pues esa «voluntad» es algo sustantivamente complejo al estar compuesta de la firmeza en la dirección, del grado de pasión popular, de la identificación del pueblo con el régimen, etcétera) funda la importancia del arte de la guerra, que es, en el fondo, el arte de la estrategia (entendida ésta en un sentido amplio).

Segundo componente de la formulación clausewitziana de la guerra, asentada sobre un sentimiento y una intención hostiles en los que toma cuerpo la violencia, la estrategia presenta su racionalidad específica, que es la dialéctica del enfrentamiento, y que conduce siempre a la realización del objetivo militar: la victoria (el logro de echar por tierra al adversario); responde así a la dinámica intrínseca del enfrentamiento. Este es el nivel del planteamiento estratégico de Clausewitz, apoyatura sobre la que elabora el concepto de «guerra absoluta», que es aquel tipo de guerra que se da porque uno al menos de los participantes tiende a la destrucción

¹ *De la guerra*, Barcelona, 1972, página 38.

del oponente, lo cual implica necesariamente la ascensión a los extremos por ambas partes contendientes. Este proceso es designado por Aron como un «lugar teórico», es decir, como una referencia puramente típico-ideal, y lo es si pensamos que en el tiempo histórico de Clausewitz los medios capaces de infringir esa destrucción completa no existían; pero no es posible mantener hoy ese movimiento dialéctico de ascensión a los extremos como puramente abstracto, como no teniendo nada que ver con las guerras reales.

La guerra absoluta tiende a imponerse desde un punto de vista lógico y filosófico, según Clausewitz, si hay voluntad de incapacitar al otro para proseguir la lucha, y entonces habría que plantearse a qué tipo de incapacitación nos referimos, pues si se trata de la armada la referencia de la ascensión mecánica a los extremos variaría enormemente según fueran los «datos» morales y políticos.

En oposición a esta primera clase de guerra, el teórico militar define la segunda, aquella que tiende hacia el equilibrio, en la cual la estrategia dominante ya no persigue la mayor concentración de medios posible para resolver favorablemente el antagonismo en batallas decisivas, imponiéndose la estrategia en maniobras que está regida por el principio de la economía de fuerzas y donde la parte más débil ha de intentar siempre el fatigar al enemigo hasta que éste perciba que el coste de su operación es superior al beneficio que le reportaría su consecución.

La preeminencia que da Clausewitz a la guerra de equilibrio frente a la de aniquilamiento proviene de sus observaciones de las guerras que conoce en su tiempo, y se refleja en

los siguientes factores explicativos: 1) no es posible conocer con cierta exactitud la relación de fuerzas; 2) lo inevitable de que exista una cierta debilidad en las fuerzas morales propias pasado un primer impulso; 3) lo cambiante de las circunstancias políticas (y principalmente las externas en un sistema interestatal cuyo objetivo primordial era el equilibrio).

Pero el factor central que imposibilitaría la ascensión a los extremos y que impondría el movimiento descendente, desde la tendencia originaria hacia la guerra absoluta hasta la guerra de equilibrio o de «observación armada», es el político, es decir, la finalidad política que en todo momento predomina en la «inteligencia del Estado personificada» (el monarca), finalidad por la que se hace la guerra y que determina la conducción de la misma. Los ejércitos son así el instrumento de la voluntad política; lo político siempre viene a imponerse sobre los aspectos puramente militares: «la guerra es un acto político»². Por tanto, la finalidad política ha de corresponderse en cualquier caso con la potencialidad del instrumento de que se dispone, aquel en quien se personifica el entendimiento político habrá de saber con qué tipo de guerra se enfrenta.

Tal es el nivel superior de la estrategia: donde los fines *de* la guerra delimitan y controlan los fines *en* la guerra o, lo que es lo mismo, los fines políticos determinan los fines militares; en este sentido, la estrategia es vista como la «utilización de los combates con miras al objetivo final de la campaña»³; incluyendo en ella tanto los movimientos de los ejércitos como la elección del terreno de

² *Op. cit.*, pág. 57.

³ Cit. por R. Aron, pág. 211.

combate y el reparto proporcionado de fuerzas. Con lo que se introduce un motivo de confusión (y ésta es una crítica que cabe dirigir tanto al teórico como a su exégeta), pues, aunque subyace la distinción, nunca se explicita la necesaria división entre «estrategia-táctica» (en la que habría que incluir el primer elemento de los señalados), que pertenece estrictamente al mando militar, y «estrategia-estrategia», que lo es del mando político. Otro tipo de análisis que Aron no lleva a cabo respecto a la obra de Clausewitz (y que sí había tomado en cuenta en trabajos anteriores)⁴ es el de la naturaleza relativa de estos términos según el cuadro de análisis que se elija (sistema mundial, estatal, etc.), pues en cada uno de ellos podrá distinguirse un nivel táctico y otro estratégico que serán diferentes en relación a otros posibles contextos.

Pero es que, además, las conexiones entre lo militar y lo político no presentan el carácter simplificador a que las reduce R. Aron por ajustarse demasiado a la forma didáctica de la que usa a menudo Clausewitz: pues al contraponer fines en la guerra (el máximo: la victoria) y fines de la guerra (el máximo: la paz) se pasa a identificar la violencia como el elemento constitutivo de lo militar y a la paz como al de lo político, y así piensa que la primacía de lo político introduce un juego lógico, un cálculo de probabilidades entre los contendientes que hace prácticamente imposible la guerra absoluta; ésta sólo queda como tipo ideal. En efecto, si no hay autonomía de lo primero respecto a lo segundo es porque, al menos a partir de los datos con los que contaba Clausewitz, los resultados de la

guerra se remiten a los políticos, y fatalmente: las condiciones de espacio y tiempo hacían «nulo» el resultado final, la necesidad del equilibrio entre unidades políticas similares neutralizaba cualquier aspiración a la «destrucción total».

Pero ello no quiere decir: 1.º, que los fines en el «interior» de la guerra (los militares) estén simplemente subordinados a los fines «exteriores» de la guerra (los políticos); y 2.º, y sobre todo, que la dicotomía del medio con la guerra y de la finalidad con la paz se plantea en términos ontológicos, lo cual llevaría a la conclusión de que toda guerra se lleva a cabo con una finalidad política que no puede ser otra que la paz (de igual modo podría decirse que toda paz se establece con el fin de lograr una guerra); por el contrario, el fin político puede consistir en el reforzamiento militar y la guerra (y sin sustituir los que son específicos objetivos militares), pues lo político no introduce (dominando el conjunto) inevitablemente un sentido de racionalidad a un fenómeno social irracional (la guerra). Si la función teórica de la guerra absoluta⁵ es hacer comprender a los participantes adónde llegarían fuera de condicionamientos políticos y si su función práctica es recordar a cada uno de ellos el peligro que corren si el otro le impone la mecánica de la ascensión a los extremos, es en razón de que el riesgo es real: precisamente Clausewitz utiliza como primer argumento para fundamentar por qué no hay una «ciencia de la guerra» (aunque tampoco su lado artístico sea en exceso sobresaliente) la imprevisibilidad de las reacciones del oponente.

Ello concuerda con la prioridad con-

⁴ Como, por ejemplo, en *Guerra y paz entre las naciones*, Madrid, 1963.

⁵ *Penser la guerre, Clausewitz*, tomo II, pág. 58.

cedida por Clausewitz a los aspectos morales sobre los del número de combatientes. Aquéllos (las cualidades del mando y del ejército, el estado de espíritu de las poblaciones donde se producen los enfrentamientos, las repercusiones morales de las victorias y las derrotas) son siempre a la postre superiores al peso de los efectivos movilizados, pues únicamente en el caso hipotético de la existencia de estrategias similares, una parecida organización (composición, entrenamiento) y un armamento relativamente igual, el simple número haría desequilibrar el combate en favor de uno de los contendientes.

Junto a esto, la tercera contraposición conceptual (defensa / ataque), dentro de la cual mantiene la superioridad de la defensa en el nivel estratégico (ya que las dos ventajas del ataque, la sorpresa y golpear en diversos puntos a un tiempo, son de carácter táctico) debido a que el factor temporal es positivo para el defensor al poseer el resto del teatro de operaciones, el apoyo popular y la virtualidad de relanzar la moral de resistencia, han inducido a algunos teóricos⁶ a la conclusión de que Clausewitz era el antecedente directo del pensamiento militar de Mao.

Si desde el punto de vista de las líneas maestras de la elaboración clausewitziana (primacía de lo político sobre el medio militar, de las fuerzas morales sobre el número, en fin, de la defensa sobre el ataque) podría afirmarse una concordancia con Mao-Tse-Tung, el análisis concreto que realiza aquél difiere radicalmente del de éste, tanto porque concibe a las guerrillas bajo dos formas (bien hombres sueltos, bien tropas ligeras en función

guerrillera) como porque la actuación de éstas ha de situarse siempre en conexión con la estrategia de un ejército regular *estatal*; y ello deriva de que Clausewitz reflexiona a partir de los ejemplos de su época: la lucha contra Napoleón en Rusia y en España de fuerzas irregulares que en casi nada se parecen, como bien apunta Aron⁷, a las fuerzas de una guerra revolucionaria; fuerzas que, por otro lado, tienen un fin completamente diverso al señalado por Clausewitz como característico de las guerras entre Estados: el fin político en una guerra civil (la conquista del Poder) supone la guerra absoluta contra el enemigo, la ascensión a los extremos está exigida por él e inscrita en su mismo desarrollo. Los objetivos militares y políticos dejan de oponerse entre ellos gracias al cambio de naturaleza de la finalidad política. Y menos aún se puede establecer una influencia de Clausewitz sobre Mao si consideramos las concepciones filosóficas de uno y otro: para el primero, el sujeto histórico sin discusión es el Estado, mientras que para el segundo lo sigue siendo la clase⁸.

La aplicación hecha por Aron de los esquemas de Clausewitz a la era nuclear dejan, sin embargo, muchos puntos oscuros; en principio se continúa pensando que las alteraciones enormes de los medios de destrucción no permiten un análisis diferente; que la rapidez en la invención de nuevos artefactos no implica una ruptura del equilibrio (puesto que el nivel de saturación en la destrucción recíproca ya estaría alcanzado); que aspectos técnicos como la precisión de tiro o

⁶ Así, A. GLUCKMANN en *El discurso de la guerra*.

⁷ *Penser la guerre...*, tomo II, páginas 97 y sigs.

⁸ Ver *La guerra revolucionaria*, páginas 11 y sigs., Barcelona, 1974.

la rapidez de las comunicaciones permitirían un uso controlado del armamento nuclear, etc. Pero con ello, probablemente, se olvidan algunos matices importantes, como es el que una escalada gradual (fuerzas clásicas y nuclear-táctica) implicaría el hacer proporcional el riesgo a la apuesta (¿y acaso puede serlo?) y, por otro lado, el estar comunicado continuamente

con el adversario (exigencia que puede revelarse complicada para ponerla en práctica). Estos y otros puntos deficientes hacen que la parte dedicada a estos temas en la obra presente de Aron esté comparativamente menos lograda que la anterior.

LUIS ARRILLAGA ALDAMA

Estado, burocracia y sociedad civil

VÍCTOR PÉREZ DÍAZ

(Ediciones Alfaguara —Col. Tesis—. Madrid, 1978, 149 págs.)

¿Cómo es posible que una doctrina ya prácticamente centenaria pueda continuar suscitando un número tan considerable de estudios y comentarios como los que se dedican a enfatizar, plagiar, condenar y alabar el marxismo? No siendo, en lo fundamental, ninguno de éstos el caso de la obra trabajada por el autor, el primer elogio que puede hacerse de ella recae sobre lo mesurado de su tono, acierto que, con grandes probabilidades, responde a la precisión ejercida en el tratamiento del tema.

En efecto, privilegiando, casi con exclusividad, del conglomerado de teorías, ideologías y visiones miríficas que se vienen escudando bajo la denominación marxismo, lo que debiera ser la apoyatura esencial de las mismas, es decir, la obra de carácter teórico-político elaborada por Marx y esparcida en distintos textos, y al ligarla a sus antecedentes filosófico-políticos inmediatos (básicamente Hegel), V. Pérez Díaz realiza una opción que atiende a la búsqueda del mayor

rigor posible, tan difícil de encontrar por nuestros pagos (teóricos y geográficos); mostrando tal vez un excesivo celo, al no considerar otras influencias importantes en la formulación del pensamiento político marxiano.

En tal sentido, en el itinerario seguido en el análisis crítico y sus posteriores comentarios, se manifiesta una acusada tendencia a ceñirse al texto en su evolución histórica lineal, con lo que quedan parcelados algunos temas y marginados otros. Echándose en falta, en determinados momentos, el hilo interpretativo que une y reúne en la concepción marxiana los varios elementos y las diferentes partes que la componen, el nexo por el que se puede decir que hay en ella una interpretación global de la realidad socio-histórica, elemento que lo constituye en discurso totalizador organizado de forma jerarquizada y dotado de una apreciable coherencia interna; discurso ajeno, en último término, a toda idea de aceptación de la existencia de una vertebración unívoca de la

realidad, pero, sin embargo, muy cercano a la de representación dramática y dramatizada de la evolución del mundo conforme a pautas culturales de carácter finalista y la descripción de una serie de etapas predestinadas a cumplirse consecutivamente unas a otras.

Quizá sea en la fidelidad mantenida a una lectura gradual de Marx donde resida la causa de que la interpretación del «corpus hegeliano» afecte únicamente a unos pocos temas del mismo, temas escogidos, al parecer, en base a una mayor proximidad genealógica de aquél, incluso por lo que respecta al punto más oscuro de todos: el de la llamada «producción» del Estado. Conocida es, por una parte, lo mínimamente originales que resultan las reflexiones de Marx (así como las acotaciones posteriores de Engels) acerca de unas originarias comunidades primitivas donde la ausencia de una estructura política se halla fundamentada en una sorpresiva falta de relaciones de poder a nivel social; por otra, lo poco relativamente elaboradas que están las dedicadas al nacimiento del Estado contemporáneo (dentro de la óptica de que éste es el que surge durante la baja Edad Media por medio de una alianza *sui generis* entre clases sociales «ascendentes» y los poderes reales, enfeudados hasta entonces a los nobles; modelo explicativo en el que ya se introduce de manera implícita la existencia de una racionalidad universal portadora de progreso y encarnada en los «príncipes modernos»).

Más directamente conectados con lo dicho parecen los temas de la estructura y funciones del Estado, pues es aquí donde Marx va a dirigir sus dardos más acerados contra las implicaciones del pensamiento de Hegel;

pero precisamente con ello se deja de lado una parte importante de lo expresado por éste: la sociedad se compone de varios sistemas interactuantes y conflictivos, conflictividad de la que nace el sistema de los sistemas, la síntesis de los órdenes inferiores, el sistema político (es decir, el Estado); ¿y por qué es el Estado la mayor de «las abstracciones concretas», el «círculo de los círculos»?; pues porque puede (y debe) poner en cuestión todos los sistemas que le están orgánicamente supeditados, de los que emana y a los que protege y engloba, mediante el hecho social que afecta a la propia existencia de todos ellos, la guerra. (Cfr. la reciente obra de H. Lefebvre, *De L'Etat. 2. Théorie marxiste de l'Etat de Hegel à Mao.*) Mas sin acudir a tan definitivo momento, en general el Estado se mantiene gracias a la conjunción del saber y el poder, el primero resultante de la formación de la «clase universal» (= élite política), la cual se proyecta sobre las restantes clases (la «productiva» y la intermedia o «pensante») actuando en nombre de ellas y después de haber absorbido a los mejores espécimenes de la segunda, quedando así compuesta por la «inteligencia cultivada y la conciencia jurídica de la masa del pueblo».

Tal es la concepción que sirve en este caso de cobertura a las más concretas referencias que hay en la obra acerca de la estructura y funciones estatales, terreno en el que son acertadamente contrastadas las opiniones de Marx y Hegel. Por ello sólo dos observaciones: 1) en cuanto Hegel considera que la burocracia viene a expresar el universalismo latente en la sociedad civil y, sin embargo, sostiene la necesidad de que al mismo tiempo sea controlada por aquélla, ¿no

implica el que sea desde un punto de vista exterior, el de otros Estados-naciones, como haya que apreciar la «identidad» completa entre ambos términos; y, por el contrario, sea en el plano interior donde se da el reconocimiento de Hegel a posibles conflictos, cuya solución reside en la dominación del Estado sobre la sociedad civil, dada la prioridad de la existencia de la nación en cuanto tal, y 2) de la contundente crítica hecha por Marx al Estado concebido como un ente con visión, voluntad y, sobre todo, praxis universalistas, ¿no sería acaso más atractivo e innovador el entresacar las líneas de ruptura interna, los puntos de debilidad que persisten en la misma, más que el exponer acumulativamente la totalidad de tales afirmaciones críticas?; por poner algunos ejemplos: ¿es que no existe tal vez una pequeña contradicción al mantener a un tiempo el que el Estado es, «por naturaleza», en una sociedad dividida en clases, un instrumento al servicio de los intereses de la clase dominante, y el que la burocracia posee intereses específicos (y de ahí los juicios negativos: las relaciones entre sus miembros son conflictivas, el uso de los medios públicos para sus propios fines, etc.); pero, entonces, ¿cuáles son estos fines?, ¿solamente el de la propia permanencia? Por otro lado, el funcionamiento de las burocracias se describe como tendente a dar en el caos, al predominar una separación antifuncional de cuerpos profesionales que se constituyen en castas y manifestándose en la incompetencia generalizada; ¿cómo puede todo ello ser conciliado con la realización de tareas tan importantes y exigentes como las que se supone lleva a cabo un Estado en manos de una clase social

(mantener la disciplina laboral, favorecer la concentración de capital, etc.)?

En resumen, parece que en unas ocasiones se invoca el parasitismo del Estado y en otras su papel de agente activo diferenciado en la respectiva formación social. Esta situación, más que ambigua (al menos para las pretensiones de la concepción marxiana), ¿de dónde procede, de qué lugar de la concepción estratégica de su pensamiento?, pues si se argumenta que existe una analogía entre las relaciones de explotación capital-trabajo y las de Estado-sociedad civil, es decir, que el Estado «se produce y reproduce» a causa de su simbiosis permanente con la sociedad civil (y toda otra visión implicaría «fetichismo de Estado»), ello supone que la crítica negativa que se hace al Estado se encuentra sustentada en el paso subiguiente a una sociedad sin clases, destino final del modo de producción capitalista; o, en otras palabras, sería conveniente el intentar explicar por qué hay un lugar teórico en Marx en el que el Estado desaparece y qué camino es el que recorre para llegar a ese final.

Pues probablemente nos encontramos con algún tipo de «esencialidad»: al hacer depender el análisis del Estado del sistema (dinámico) de las relaciones entre las clases se está concluyendo implícitamente que regímenes políticos diversos por su estructura, su funcionamiento y sus valores pertenecen a un mismo tipo o participan de una misma sustancia que los hace pasar a ser regímenes que sólo formalmente se distinguen. Tal es el sentido del «contenido de clase» de un Estado; «contenido» que es definido por Marx sólo en lo referente a los medios de producción, pero que más tarde será ampliado a tipos de

pensamiento, estilos artísticos, etc., por poderes políticos ya en ejercicio. Y tal facilidad de uso y abuso, ¿no dependerá, en última instancia, del mediano *status* de elaboración que tiene el concepto de clases en tal teoría? Pues, a pesar de su riqueza y pluralidad (las tres que recoge el autor: en *El 18 Brumario*, *El Capital* y *El*

Manifiesto), todas ofrecen un denominador común, un dualismo interpretado finalistamente que secundariamente será completado con otros aspectos, culturales y políticos, según las circunstancias y los objetivos políticos propios.

LUIS ARRILLAGA ALDAMA

Les marxistes et la question nationale

G. HAUPT, M. LOWY, C. WEILL

(París, Ed. Masperó, 1974)

Es difícil, al comentar este libro, adoptar un enfoque adecuado y coherente en un escrito de estas características. Su propia estructuración presenta indudables dificultades, que han de ser evitadas para no caer en un método de exposición que se pierda en polémicas marginales y en disquisiciones abstractas. He aquí el planteamiento material de la obra: al principio hay un interesante escrito de G. Haupt titulado «Les marxistes face à la question nationale: l'histoire du problème» (pp. 10-61), y al final otro de M. Lowy que trata sobre «Le problème de l'histoire: remarques de la théorie et méthode» (pp. 370-391). El cuerpo del libro lo constituye una nutrida antología de textos que recogen las aportaciones de los teóricos marxistas que se han ocupado de este tema: Marx, Engels, Kautsky, Luxemburg, Renner, Bauer, Pannekoek, Strasser, Stalin, Lenin y Connolly. Esta parte ha corrido a cargo de C. Weill.

Como se ve, la edición representa

una significativa aportación al estudio de la configuración de la teoría marxista sobre la cuestión nacional entre 1848-1914. Esta estructuración tiene indudables ventajas, por cuanto supone un esfuerzo por recopilar la historia del problema y por enmarcar el problema de la historia en las coordenadas espacio-temporales que explican la evolución teórico-práctica de los marxistas en este terreno.

Dada la complejidad y la amplitud de la obra, se plantea un dilema: para abordar este análisis, ¿se ha de partir de las aportaciones de los diferentes autores o de los interrogantes planteados al marxismo? La respuesta es clara si se tienen en cuenta estos tres aspectos:

1. No hay una teoría marxista sobre la cuestión nacional, definida en términos abstractos y universales.

2. Las tomas de posición progresivas de los marxistas han estado motivadas por problemas concretos (el imperio austro-húngaro, la situación irlandesa...), ante los cuales los autores

daban respuestas coyunturales en consonancia con las necesidades específicas de la política internacional de los partidos obreros.

3. Las divergencias y las polémicas entre posturas distintas son las que han hecho avanzar la teoría en este imbrincado campo de la cuestión nacional.

Es decir, lo interesante es combinar los dos enfoques en un mismo hilo discursivo, dadas las características específicas del enfoque marxista.

En el fondo, el problema que se debate a lo largo de todo el libro es el intento de poner en relación la *nación* y la *clase social*, toda vez que el marxismo se basa en los ya clásicos y consabidos enunciados del *Manifiesto Comunista* «la lucha de clases es el motor de la historia» y «los obreros no tienen patria. No se les puede privar de lo que no tienen». Esto es, se trata de analizar la cuestión nacional a partir de los presupuestos de los intereses de clase, para ver cómo la nación se puede convertir en un instrumento favorable a la hegemonía del movimiento obrero.

Las respuestas a este planteamiento han sido varias, contradictorias y dispares. Marx y Engels plantean la cuestión, pero no la resuelven. Kautsky y Luxemburg están enfrentados ante el dilema de cómo abordar el problema y cómo dar respuesta a los interrogantes suscitados al movimiento obrero por el Imperio austro-húngaro y la relación entre Polonia y la Rusia zarista. Renner y Bauer «despolitizan» el problema, dándole un enfoque culturalista. Pannekoek y Strasser niegan la importancia de la nación en función del internacionalismo proletario. Lenin defiende el «derecho a la autodeterminación de los pueblos», en unos momentos en los que

se prevé la necesidad de dar una salida progresista a los movimientos nacionales, encorsetados en los estrechos márgenes de los Estados centralistas. Stalin cosifica el concepto de nación y complejiza innecesariamente su definición. Connolly intenta compaginar en un mismo discurso el socialismo y el nacionalismo.

Pero ¿a qué se debe tanta disparidad y tanta diversidad de posturas? ¿Cuáles han sido las dificultades que han influido decisivamente en la configuración marxista de la cuestión nacional?

Los orígenes del pensamiento marxista sobre la cuestión nacional, como en muchos otros campos, está en Marx y Engels. Tanto Haupt como Lowy señalan que aquellos autores tuvieron una preocupación permanente sobre este tema, pero que lo abordaron desde una perspectiva coyuntural. Es, por ello, que desde un principio la cuestión nacional no tuvo un estatuto teórico, sino pragmático.

Este enfoque, sin embargo, se basaba en la convicción de que la nación era una categoría histórica, transitoria y perecedera. Ahora bien, como señala Lowy, tras esta toma de postura hay una posición *economicista*, ya que «creían que las diferencias nacionales eran reductibles a heterogeneidades en el proceso de producción» (p. 371). Esto es así porque «Marx y Engels hacen entrar sistemáticamente el problema nacional en la evolución social general», ya que «el marco del progreso social es para él la gran unidad económica»¹. Siendo la nación una construcción de la burguesía, corresponde al proletariado asumir su superación. De esta forma, Marx adopta una pos-

¹ H. CARRÈRE D'ENCAUSSE, *Comunismo y nacionalismo* (Barcelona, Cuadernos Anagrama, 1977), pág. 11.

tura más internacionalista que cosmopolita»². Esta definición básica se sustenta en la creencia de que las naciones más avanzadas (Inglaterra, Francia, Alemania) son las que marcan la pauta en el desarrollo de los otros pueblos. De ahí la distinción engelsiana de *naciones históricas* y *naciones sin historia* de clara inspiración hegeliana, centrada en la viabilidad de la formación del Estado. Es por esto por lo que M. Rodinson afirma que «Marx construyó una teoría del Estado, no una teoría de la nación»³. Sin duda alguna, ésta fue la razón por la que «Marx y Engels preconizaban unidades políticas a gran escala, incluso multinacionales, pues sólo ellas podían ofrecer un marco adecuado para una producción capitalista industrial efectiva y así generar un proletariado con conciencia de clase. Los pueblos pequeños y subdesarrollados eran una barrera al progreso económico»⁴.

Con este telón de fondo, deben añadirse aspectos de índole teórico, al estar escasamente elaborado un esquema metodológico y conceptual apropiado para aprehender las diversas manifestaciones del nacionalismo. Este es un obstáculo que se superpone a la ambigüedad que se observa en los fundadores. Términos como *Estado*, *nación*, *pueblo*, *nacionalidad* tienen un significado casi empírico, lo que hace que «el concepto de cuestión nacional, tal como se incrusta en el vocabulario del movimiento obrero, recibió un sentido restrictivo: se aplica al enredo de los Estados multinacionales, rinde cuentas de sus componentes especifi-

cos que los diferencian, englobando sin separarlos el problema de la liberación de las naciones dominadas y la solución de la cuestión espinosa de las minorías nacionales» (p. 24). Del mismo modo, «los conceptos incompletos, paradójicos, empíricos revelados por el vocabulario de los marxistas traducen la dificultad de aprehender el fenómeno de manera analítica al igual que la elección de categorías es ante todo la consecuencia de una visión histórica y de un paisaje mental» (p. 24).

Sin duda, influyó también la necesidad de tipificar la naturaleza de clase de cada movimiento nacional y la conveniencia de ser apoyado por la clase obrera, lo que conlleva una reflexión específica sobre cada una de sus manifestaciones históricas en unas condiciones dadas. En este sentido, es reveladora la distinta postura adoptada ante las reivindicaciones nacionales de Irlanda frente a Inglaterra, de Polonia frente a la Rusia zarista y del Imperio otomano frente a Turquía. Cada una de estas situaciones marcan definiciones distintas en función de los interlocutores que intervienen y de los intereses que entran en juego.

En definitiva, como se observa a lo largo de la exposición de los diferentes autores, los *paradigmas* básicos a los que se enfrentaban los pensadores marxistas consistían en poner en relación el *nacionalismo* y el *internacionalismo*; la *clase social*, el *Estado* y la *nación*; el *socialismo* y la *cultura*. Todos ellos de indudable importancia, pero ante los cuales se dieron respuestas distintas ante situaciones distintas. El resultado fue la progresiva maduración de las aportaciones que, aunque no eran incompatibles, sí que eran divergentes.

² M. RODINSON, *Sobre la cuestión nacional* (Barcelona, Cuadernos Anagrama, 1975), pág. 10.

³ M. RODINSON, *op. cit.*, pág. 10.

⁴ A. D. SMITH, *Las teorías del nacionalismo* (Barcelona, Ed. Península, col. Homo Sociologicus, 1976), pág. 116.

Observaciones finales

No cabe duda que este libro de la editorial Masperó sirve para centrar muchos de los temas que, hoy como ayer, están planteados, pero no resueltos, en lo que concierne a la cuestión nacional desde una óptica marxista. En el texto se expresan la diversidad de posturas que, en el período analizado, jugaron un papel destacado y tuvieron una influencia decisiva en el movimiento marxista.

De todas formas, pueden detectarse algunas ausencias, como la de no introducir a Trotsky en la antología, mientras se inserta a Connolly, sin que Lowy y Haupt pongan un especial interés en su comentario. Por otra parte, queda muy diluida la aportación de Stalin y, como critica P. Vilar⁵, no se introduce su artículo de 1904 sobre «¿Cómo entiende la socialdemocracia la cuestión nacional?».

Por otra parte, parece claro que la cuestión nacional no puede ser abordada en términos de generalidad, sino que debe adoptarse una óptica concreta y específica. De lo contrario, como señala Lowy, la *morale de l'histoire* enseña que la problemática nacional puede convertirse en un arma de doble filo, pues «M. Lyndon Johnson,

⁵ P. VILAR, "Sobre los fundamentos de las estructuras nacionales", en *Autonomías: un siglo de lucha* (Historia 16, Extra V, abril 1978), págs. 14 y 16.

presidente de los EUA, proclamaba solemnemente en 1966: 'Nosotros luchamos por el principio de la autodeterminación, para que el pueblo de Vietnam del Sur pueda ser capaz de escoger su propio destino.' Nosotros vemos, pues, cómo la política de las grandes potencias hacia las pequeñas naciones ha cambiado desde el siglo XIX» (p. 391).

Como punto final, se puede decir que uno de los mayores aciertos de este libro consiste en recoger los textos básicos y de resituarlos históricamente mediante los comentarios de Haupt y Lowy. Sólo el destino o la conveniencia han querido que las versiones hechas de esta obra en nuestro país tengan una manifestación fragmentaria⁶, con lo que se despoja al libro de uno de sus más inteligentes e interesantes logros perseguidos por los autores. Sería deseable que se realizara una versión completa de la obra, con la intención de facilitar a los lectores un fiel reflejo de los que se pretende exponer en el libro.

FRANCISCO HERNÁNDEZ

⁶ Una versión muy similar, que sólo recoge textos antológicos de autores, es *El marxismo y la cuestión nacional* (Barcelona, Ed. Avance, 1976). También G. HAUPT y M. LOWY, *Els marxistes i la qüestió nacional* (Barcelona, Ed. la Magrana, 1978), que sólo recoge los comentarios del principio y del final de la versión francesa.

JEAN REMY, LILIANE VOYÉ, EMILE SERVAIS

Produire ou reproduire? Une sociologie de la vie quotidienne (Tome I)

(Bruxelles, Editions Vie Ouvrière, 1978, 383 p.)

Muy de cuando en cuando la aparición de un libro de sociología —y máxime tratándose de una obra de teoría sociológica— renueva en el lector sus, por la fuerza de la costumbre, debilitadas esperanzas. Las más de las veces, en efecto, los trabajos de teoría sociológica no son sino una de estas dos cosas: o bien mero ensayismo, mejor o peor camuflado merced al socorrido recurso a la esoteria del lenguaje utilizado, o bien mera reelaboración de la teoría de los grandes clásicos (asombra comprobar la vacuna capacidad de los sociólogos de comportarnos en este sentido como auténticos rumiantes). El libro de Remy, Voyé y Servais no es, sin embargo, ninguna de las dos cosas. Y no lo es, entre otras razones, porque la obra es el fruto de un paciente trabajo de años, realizado en equipo, con una tenacidad y una perseverancia poco habituales. Hablo en este caso por experiencia: bastantes de los capítulos del libro constituían, hace diez o doce años, el núcleo de los cursos de sociología rural y urbana y sociología de la religión que Remy impartía en la Universidad de Lovaina, y a los que yo asistía entonces. Convertido luego en ayudante de Remy, y en benjamín compañero de trabajo de los coautores del libro, los seminarios, las discusiones, los proyectos de investigación, de tesis y de tesis giraban en torno a los mismos temas que hoy forman el esqueleto de

la obra. Todo un modelo de lo que debiera ser (y entre nosotros no es) la tarea de investigación universitaria. Para cuantos a lo largo de estos años han estudiado con Remy, Voyé y Servais (y bien numerosos han sido entre ellos los españoles) ha de resultar apasionante reencontrar al cabo del tiempo el mismo discurso, pero reelaborado, afinado, como pasado por un tamiz tupido y una criba sumamente rigurosa. Para todos los demás, la obra se les revelará como un producto acabado, maduro, depurado.

La tesis central de los autores parte de la afirmación según la cual los hechos y los gestos de la vida cotidiana no revisten el carácter anodino que una «sociología espontánea» tendería a atribuirles, sino que intervienen tanto en el proceso de reproducción de un determinado tipo de sociedad como en el proceso de producción de una sociedad distinta. De ahí el título de la obra, en la medida en que estos hechos y gestos, fundamentalmente ambiguos, son a la vez factores de estabilización y de transformación. Interdependencia y contradicción son las características esenciales de toda dinámica (personal, social y cultural) con lo cual la lectura que hacen los autores es eminentemente dialéctica, a la par que se niega toda interpretación mecanicista. Al análisis de los movimientos sociales situados dentro de una perspectiva histórica y examina-

dos en las sucesivas etapas de su desarrollo le sigue un intento de aplicación de esta problemática al contexto actual, caracterizado, según los autores, por la tensión identidad/crisis de identidad y por la multiplicación de las identidades mediante el auge de un sistema de solidaridades parciales en una sociedad culturalmente pluralista. Los conflictos de poder inherentes a la distribución social de la legitimidad de los distintos campos de actividad (político, económico, científico, escolar, religioso, literario) conducen a otorgar en el análisis un lugar primordial a la noción de transacción social, a la luz de la cual será reexaminada, en la cuarta y última parte del libro, la teoría de las clases sociales. Con ello se cierra el primer volumen de esta obra, subtítulo precisamente «Conflictos y transacción social», y se anuncia el segundo (cuya aparición se prevé para 1979), centrado en torno a la cuestión del contenido mismo de los modelos culturales.

La influencia de los grandes clásicos europeos de la teoría sociológica se hace patente en la obra, pese a que no abundan las referencias explícitas a ellos. Remy, Voyé y Servais declaran situarse, en cambio, en la encrucijada de tres autores contemporáneos: Peter Berger, Alain Touraine y Pierre Bourdieu. Con Berger coinciden básicamente en su perspectiva genética y en su forma de establecer la vinculación entre persona y cultura; divergen de él, por el contrario, en la mayor atención que ellos prestan a la noción de estructura social y al problema del poder y las desigualdades sociales. Frente a Touraine, su posición es prácticamente la inversa: concordancia en lo que respecta a su preocupación por la dialéctica entre dominación social y orientación cultu-

ral, y discrepancia ante su escaso interés por la secuencia genética. Ello conduce a nuestros autores a sentirse más próximos de Bourdieu en su voluntad de integración de ambas instancias, para separarse de él por su excesiva insistencia en los fenómenos de reproducción, en detrimento de una perspectiva que tome más en consideración una transformación global de la sociedad.

Remy sabe de sobra que la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos. Lo que sucede es que no le gustan las líneas rectas ni las distancias cortas. En su itinerario intelectual es de aquellos viajeros que prefieren los pequeños desvíos y los altos frecuentes. No nos lleva a lo largo de su obra por la vía rápida de la autopista, sino que prefiere dar rodeos por pequeñas carreteras comarcales. Ello no significa que no haya en *Produire ou reproduire?* un esquema claro y riguroso; significa simplemente que, una vez decidida la meta y fijado el rumbo, el *dis-cursus* alterna constantemente con el *ex-cursus*: la obra está salpicada de ejemplos, y a medida que *dis-curre* se nos van proponiendo sugerentes *ex-cursiones* por los campos de la medicina, la educación, los medios de comunicación, la sociología urbana y, principalmente, de la sociología de la religión, terreno en el que tanto Remy como sus colaboradores destacan entre los mejores especialistas. Teniendo en cuenta esto, hubiera sido de gran utilidad, no para la lectura del libro, pero sí para su manejo como obra de consulta, la inclusión de un índice analítico; es un defecto que muy bien pudiera subsanarse introduciéndolo al final del segundo volumen, y en el que asimismo merecería la pena incurrir en una deseable traducción de la obra en nuestro país. Con ello ganaría pro-

bablemente en accesibilidad para el estudioso y el estudiante, a la vez que conservaría, para quien la lee de corrido, todo lo que de por sí tiene de rico y sugestivo. *Produire ou re-produire?* es como aquellas novelas policíacas (si Remy, Voyé y Servais me permiten la comparación) en las que la intriga no se monta sobre el «suspense» del desenlace, sino que éste se produce en el primer capítulo, mientras que el resto de la obra es

un lento perfilar y recrearse en los caracteres de los personajes. Es decir, como un Simenon; Simenon y Remy tienen objetivamente, por lo demás, algo muy importante en común: la ciudad de Lieja. Y, a fin de cuentas, acaso no fuera descabellado definir a Remy, por temperamento y por estilo, como un Maigret de la sociología...

JUAN ESTRUCH

MAURICE-PIERRE ROY

Les régimes politiques du tiers monde

(Paris, 1977. Librairie Générale de Droit et Jurisprudence. 615 p.)

El subdesarrollo constituye una línea que separa a la humanidad en dos. Por una parte, una treintena de naciones desarrolladas —21 países capitalistas y ocho socialistas—; de otra, el resto de las naciones del mundo, dependientes y subordinadas a las tensiones internacionales del área desarrollada. Pese a que este fenómeno no es reciente, la conciencia del subdesarrollo sí se manifiesta muy próxima a nuestros días. Sólo al final de la Segunda Guerra Mundial, y mediante la conjunción de tres factores, se llega a tomar conciencia exacta de este fenómeno. Los tres factores aludidos pueden sintetizarse, de acuerdo con el autor, en: la generalización del rechazo de la dependencia colonial, la certidumbre del retraso y de la inferioridad económica y la confrontación con los profundos cambios que afectan a toda la sociedad internacional.

Roy divide en dos las escuelas que han producido diferentes formas de

pensamiento y que conducen a inteligencias contradictorias de la esencia del fenómeno:

— Por una parte, aquellos que asimilan el subdesarrollo a una situación de retraso o de no compromiso con el desarrollo. Al decir de Kunznets, se define como «el retraso de la actividad económica comparada con la de los países que poseen superioridad económica en la misma época». Aquí, el subdesarrollo se interpreta como una etapa de un proceso de desarrollo común a todas las economías. Se trata de un estancamiento momentáneo que, en uno u otro momento, puede ser superado por la simple espera; sin otras complicaciones, los países del tercer mundo saldrán un día de la zona de pobreza.

— Por otra parte, se rechaza esta argumentación por mecanicista y fútil. Para los mantenedores del segundo grupo, las tesis antes aludidas dejan escapar lo que es esencial al fenóme-

no, centrándose en el estudio de las manifestaciones aparentes. Lo que es esencial es —según éstos— atender a la idea de que el subdesarrollo es un producto del desarrollo que ciertos países más dinámicos imponen al dictar sus normas al resto del mundo. El subdesarrollo, como producto de tal proceso, viene determinado por las especiales circunstancias que rodearon la revolución industrial. Como señala el autor, siguiendo a P. Bairoch, «la revolución industrial no sólo es la base del desarrollo de los gigantes, sino también el factor de depauperización del tercer mundo». Otros, como O. Sunkel, mantienen que el subdesarrollo no es un momento ni una etapa en la evolución de una sociedad aislada, sino que, por el contrario, forma parte del proceso histórico global del desarrollo capitalista.

El autor, sin comprometerse directamente con ninguna escuela, advierte de la parcialidad que existe en tales argumentaciones, por cuanto que sólo inciden en los fenómenos de desarrollo económico y, centrados en aclarar las relaciones de producción que las áreas subdesarrolladas mantienen, tanto en cada uno de los países que las componen como entre ellas y entre el área y los países desarrollados, olvidan factores estructurales de gran importancia y verdaderamente significativos que pueden esclarecer mejor el problema. Se hace referencia aquí a las diversas estructuras políticas que se generan en las zonas subdesarrolladas, así como los diferentes grados en que esta situación afecta a diversos países. Consiguientemente, como dice Roy, sea cual fuere la terminología empleada, la noción «tercer mundo» incluye una gran diversidad de países y de situaciones. Y esta diversidad es proporcionalmente mayor a la que existe

entre los países desarrollados de las sociedades industriales.

El autor manifiesta cómo a través de esta diversidad se encuentran rápidamente los factores de unidad —o, mejor, de convergencia— que son típicos del área, ya que todas estas naciones, incluso si están situadas en diferentes estadios de evolución, deben enfrentar problemas políticos, económicos y sociales similares. Por ello, de acuerdo con Roy, los cambios en el sistema del poder, primer paso para tender hacia soluciones plausibles de solventar este problema global, supone la solución, que no tiene por qué ser necesariamente simultánea, de tres problemas principales:

— Ampliación de la participación popular en la vida política nacional, en el proceso de la toma de decisiones. Es decir, la politización de la población. En efecto, el desarrollo sólo es posible si se apoya en una voluntad popular creadora, unido a una conciencia clara de los cambios y de los esfuerzos que se imponen al país.

— Construcción de una nación integrada, sustituyendo el conglomerado de individuos divididos en castas, clanes, tribus, comunidades religiosas y lingüísticas.

— Edificación de un Estado moderno capaz efectivamente de promover la evolución de la sociedad en la vía de un desarrollo nacional.

Incluso los economistas, sin distinción de escuelas, son unánimes en afirmar que la función del Estado es esencial en materia de desarrollo; según estos especialistas, la edificación de un aparato de estado consistente es condición primaria del desarrollo por cuanto que éste, al decir de Kuznets, es el agente principal que realiza las condiciones del crecimiento. Siguiendo esta línea, el autor piensa interesante

el dedicarse a verificar la existencia de un tal Estado ya que, su ausencia, su debilidad o su delicuescencia arriesgan reducir a la nada los esfuerzos y los proyectos de desarrollo nacional mejor elaborados. Según esto, en tanto que la organización estatal de un país se muestre deficiente, poco se puede esperar de su aparato económico. Este desarrollo teórico puede calificarse de idealista por cuanto que convierte el proceso de construcción del Estado —que fue largamente madurado en los países industriales— en una mutación radical para los países subdesarrollados.

Conviene recordar aquí los caracteres más relevantes que definen la realización del Estado en los países desarrollados:

— La institucionalización del poder se realizó mediante un largo proceso histórico —a menudo durante siglos— complicado y conflictivo.

— La modernización política camina a la par y a menudo precede al desarrollo económico. Está comprobado que la expansión regular del constitucionalismo fue prácticamente paralela al desarrollo de la industrialización.

— Las sociedades occidentales engendraron al Estado llevadas por la necesidad interna de asegurar la perpetuación de su poder nacional y hegemonía externa. De este proceso el mundo exterior, aún lejano, pudiera afectar profundamente a esta transformación.

Por el contrario, el Estado típico de los países de las áreas tercermundistas no se constituye como resultado espontáneo de la historia y del medio sociopolítico donde se insertan estas naciones. La independencia de las colonias significó la toma del poder por parte de unas élites locales,

urbanas y abiertas a los modelos políticos y culturales europeos y norteamericanos. Por esto, los dirigentes de los países subdesarrollados —liberados de la dominación colonial— pensaron poder utilizar la institución estatal moderna imponiéndola a una realidad que no era la europea.

Así, pues, en los años siguientes a 1945, los nuevos estados que se insertan en el tercer mundo toman la figura de los estados de corte europeo, intentando inducir un desarrollo acelerado a las viejas estructuras nacionales y sustituyendo mecánicamente el sistema de instituciones políticas. Las bases de los futuros estados se importan del exterior, no son producto de la dinámica misma del sistema, sino antes híbridos, adaptados a toda prisa a un entorno y a una base humana que no les corresponde.

Roy se propone, sin ocultar que cualquier intento de sistematización resulta muy difícil cuando se analiza este área, dar una información general de los regímenes políticos del tercer mundo enfocándolos desde tres puntos de análisis: los regímenes constitucionales democráticos; las fuerzas contradictorias del desarrollo y las dictaduras desarrolladas.

En la primera parte de la obra, dedicada al primer punto aludido antes, se analiza, tras haber dibujado los problemas generales del desarrollo del constitucionalismo, el desarrollo de una sociedad nacional y democrática y se estudian los problemas generales creados por el creciente influjo del ejecutivo.

La segunda parte se centra en el estudio de la dinámica política —donde aparecen las fuerzas contradictorias del desarrollo —método, al decir de Roy, idóneo para comprender las vicisitudes de los regímenes constitucionales

democráticos en el tercer mundo. No trata de emprender un estudio exhaustivo de fuerzas tan diversas, sino de intentar comprender su situación de conjunto, el juego de su acción y de sus interferencias con el proceso de desarrollo.

La tercera y última parte, que se orienta hacia el tercer punto aludido, las dictaduras desarrolladas, enfoca ésta, por su frecuencia y duración, como una forma normal de gobierno en los países del área. Roy distingue, según que las dictaduras se presenten

por sus instauradores como una necesidad permanente o transitoria, entre reaccionarias o conservadoras y reformistas o revolucionarias. Así, dado que los países subdesarrollados han conocido a partir de 1945 prácticamente todos los tipos de dictadura de desarrollo, esta parte final del libro analiza los tres tipos que, según el autor, resultan más significativas: la dictadura partidista, la militar y la dictadura del jefe.

JUAN CARLOS GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

Las bases sociales del consumo y del ahorro en España

FRANCISCO ANDRÉS ORIZO

(Publicaciones para la Investigación Económica y Social. Confederación Española de las Cajas de Ahorros. Madrid, 1977)

El autor trata en este libro de hacer una Sociología del comportamiento económico de los españoles, enfocada hacia el área del consumo-ahorro. Advierte que en ningún caso es una investigación de teoría económica. Es un trabajo de investigación empírica, de análisis de encuestas, que aporta la novedad de moverse en un plano interdisciplinario, ya que entiende que si alguna conclusión se ha hecho evidente a lo largo de todo el estudio es precisamente el carácter plural del fenómeno, difícilmente aprehensible si se le enfoca como autónomo y acabado en sí mismo.

Parte de la base de que el rol del consumidor-ahorrador se inserta en varios subsistemas de la sociedad y que para estudiarlo es necesario introducir

en el análisis elementos procedentes de la Psicología y de la Sociología. Se identifica así con la línea iniciada por Katona en la búsqueda de un marco común interdisciplinario, aunque su diferencia con él estriba en que éste asigna siempre un papel central a los ingresos como determinantes de la conducta económica, mientras que Francisco Andrés Orizo, aun tomando la variable renta como «condición posibilitadora», la sitúa dentro de una determinada estructura social y de una cultura.

La metodología utilizada es eminentemente empírica y se beneficia tanto de las técnicas psicológicas como de las de encuesta; recoge las motivaciones individuales, analiza cómo son compartidas por las masas, afectando

a las normas y pautas de comportamiento de la sociedad.

La teoría económica tradicional presupone al consumidor como un sujeto racional de compra, pero Francisco Andrés Orizo afirma que la conducta del consumidor está lejos de ajustarse a esos esquemas racionales y que ese modelo es más bien un modelo ideal. A estos esquemas de racionalidad, que pueden servir como hipótesis de base útiles, hay que añadir el modelo psicopsicológico en que se señala la influencia en el comportamiento económico de los distintos niveles de la sociedad: el cultural, el de clase, el de los grupos de referencia, la familia, etcétera...

Este es precisamente el marco teórico que ha estado en la base de los planteamientos de esta investigación, junto con una filosofía existencial del hombre, que se va realizando en la medida en que va ejerciendo su libertad de elegir, no quiere ser un sujeto pasivo, es un sujeto activo que trata de decidir de acuerdo con la imagen que se ha formado de sí mismo y que se expresa a través de un determinado estilo de vida.

En cuanto consumidor-ahorrador, su comportamiento se halla dirigido a solucionar problemas.

El presente modelo se ofrece, por tanto, como un modelo ausente de determinismos, que pide libertad, que repugna la manipulación del esquema estímulo-respuesta y que se adecúa plenamente a los niveles de desarrollo, de sensibilidad de las poblaciones en las actuales sociedades occidentales.

En el campo de la aplicación práctica, en el marketing de los productos, esta filosofía se está traduciendo en un cambio de estrategias: de las orientadas a un consumo de masas se

está pasando a las dirigidas a segmentos y grupos particularizados.

El autor, partiendo de estas bases, pasa revista a una serie de elementos y factores psicológicos y sociológicos que influyen en los comportamientos económicos y que configuran un modelo diferente de consumidor-ahorrador. Entre estos factores destacan:

a) *La autoimagen como determinante psicológico de la conducta económica.*

Extrae el concepto de autoimagen de la estructura de la personalidad del individuo; se ve a sí mismo en relación con su entorno. Un análisis estadístico factorial posterior (en la encuesta según la población de profesionales) hace que los divida en tres grandes grupos con una serie de factores determinantes:

1. El que implica el control de sí mismo, mentalidad afectiva y racionalidad; con él se sienten identificados el 80 por 100 de los casos (racional, equilibrado, previsor, etc...).

2. El que implica orientación hacia los demás. Agrupa a un 60 por 100 de los casos (progresistas, emotivos, idealistas).

3. El factor que significa confianza en sí mismo, orientación al poder. Agrupa al 50 por 100 de los casos (dominante, agresivo, dogmático).

Analizando estos atributos se identifican claramente dos tipos: los «acumuladores», ahorradores clásicos, son los que valoran las reservas en Bancos o Cajas, o en bienes físicos tangibles. Se caracterizan por la posesión de vivienda principal. El otro tipo son los «disfrutadores», orientados al gasto, prefieren las acciones y se caracterizan por la posesión de vivienda secundaria.

Los factores psicológicos que llevan al éxito económico individual se encuentran indudablemente conexiados con los que colectivamente llevan al éxito económico de una sociedad. Pero es indudable que a medida que esos valores vayan perdiendo vigencia, se relajarán los motores psicológicos de nuestra sociedad.

b) *La influencia familiar.*

Las decisiones de consumo y ahorro son tomadas dentro de la familia.

En esa investigación se ha observado que el «status social» y la edad influyen en los roles que asumen. Hay una tendencia «igualitaria» en el sentido de una participación de los dos cónyuges en la toma de decisiones, pero esto se ve muy modificado por el status. La ideología y valores de las clases medias y altas son más igualitarios que los de las clases bajas, pero ejercen una mayor autoridad de hecho, dada la complejidad de la decisión a tomar por estar el marido más preparado.

c) *Diferencias determinadas por la clase social.*

La variable que ha mostrado la máxima capacidad explicativa: cuanto más arriba se autoclasifican sus componentes, más elevados son sus ingresos y sus activos monetarios, prescindiendo en este caso de su ubicación ocupacional.

Dentro de la carrera hacia el consumo (obra inicialmente de los grupos de status superior, aunque se han ido incorporando en proporción creciente las clases bajas) se mantiene un cierto orden, roto excepcionalmente por la preferencia que dan las clases ba-

jas a algún bien, como el televisor, considerado incluso como superfluo por parte de las poblaciones educadas.

La clase social, pues, condiciona lineal y directamente el rol del consumidor: la correlación encontrada a lo largo de la investigación entre evaluaciones *subjetivas* de clase e indicadores *objetivos* de nivel de vida y consumo, evidencia que para una mayoría de la población, las diferencias de clase social y las diferencias de nivel de vida y consumo son la misma cosa.

Por otro lado, hay que tener en cuenta, dice, no sólo la carrera del consumo, sino también la carrera del ahorro o acumulación patrimonial. Las tasas de ahorro se han ido elevando a la vez que las del consumo, aunque con mucha mayor desigualdad social.

En su investigación comprueba cómo las tasas de ahorro se elevan a medida que se elevan los niveles de renta, por encima de las propias ideologías y de las percepciones que se mantengan sobre el consumismo en la sociedad.

Los profesionales encuestados, por ejemplo, ahorran la cuarta parte de lo que ingresan; mantienen el estereotipo de que ahora la gente ahorra menos y gasta más, pero ellos se perciben a sí mismos como ahorradores, desviados de la pauta general.

Por otro lado, las expectativas pesimistas llevan a empleos del dinero más convencionales (inmuebles agrarios, urbanos, cuentas o depósitos a plazo, etc.). El conflicto surge en los pequeños ahorradores que se habían lanzado a la colocación de sus activos en valores y que no pueden acceder a inversiones de mayor entidad. De ahí que hoy puede hablarse de un estado de insatisfacción del ahorrador, no sólo del consumidor. Esto lleva a una creciente conciencia social del consu-

mo, a la exigencia de unos derechos del consumidor, a la exigencia de una publicidad más informativa y menos sugestionadora, a la instauración de una representación de los intereses de los consumidores en las instancias oficiales y en las empresas, etc.

Teniendo en cuenta que los comportamientos económicos tienen estas indudables bases sociales que el autor analiza a lo largo de todo el libro, llega a una serie de conclusiones que le llevan a señalar estas *tendencias hacia el futuro*:

1. Una situación de crisis económica.

2. Un cambio lento de valores y de normas socioculturales, que afectará al comportamiento económico de sectores importantes de la población.

Francisco Andrés Orizo piensa que las corrientes socioculturales que Alain de Vulpian identifica y establece para la sociedad francesa, sobre todo en la población joven («cuadros» de 35 a 45 años), puede servir también para identificar a la sociedad española. Las que más directamente podrían afectar al comportamiento económico son éstas:

1.^a Crecimiento y declive en la búsqueda de «standing».

2.^a Expresar su propia personalidad.

3.^a Rechazo de la autoridad.

4.^a Declive de la motivación de acumulación.

Se valora el presente, el disfrute. La idea del sacrificio para el futuro cada vez es menos compartida.

5.^a Hedonismo.

Rechazo de la resignación, del sacrificio, del deber. Búsqueda del placer por sí mismo.

6.^a Reacción contra la manipulación.

Contra la publicidad, la promoción y la política. Valoración de los mensajes informativos que presten un servicio real.

7.^a Simplificación de la vida y retorno a la naturaleza.

El resultado final apunta a un desarrollo del sentido de responsabilidad y autonomía del consumidor, a un consumo más libre, menos impuesto, al desarrollo de una cierta moral de consumo.

CRISTINA VILA CARRO

ENCUESTAS Y SONDEOS DEL C.I.S